

1

Jack Nightingale no tenía intención de matar a nadie cuando despertó aquella fría mañana de noviembre. Se afeitó, se duchó y se vistió; se preparó café y un emparedado de beicon y en ningún momento le pasó por la cabeza la idea de acabar con una vida humana, a pesar de que los últimos cinco años había estado entrenándose para hacer precisamente eso. Como miembro en activo de CO19, la unidad armada de la Policía Metropolitana de Londres, era más que capaz de atravesar de un balazo los sesos de un hombre, o el pecho, siempre que fuera necesario y contase con la autorización de un mando superior.

Sonó su teléfono móvil cuando estaba sirviéndose el café. Era el coordinador del equipo de negociadores de la Policía Metropolitana.

—Jack, me acaba de llamar el agente de guardia de la comisaría de Fulham. Tienen un problema con una persona en Chelsea Harbour. ¿Puedes acercarte?

—Claro —replicó Nightingale. Después de estudiar dos cursos en la Academia de Policía de Bramshill, era uno de los muchos agentes que, además de cumplir con sus obligaciones diarias, estaban calificados para hablar con secuestradores y potenciales suicidas.

—Me han dicho que es un tipo que quiere saltar de una cornisa, pero es todo lo que sé. Estoy tratando de enviarte apoyo, pero tenemos a cuatro hombres liados en una pelea familiar en Brixton.

—Dame la dirección —dijo Nightingale, cogiendo un bolígrafo.

Se comió el emparedado de beicon mientras se dirigía a Chelsea Harbour en su MGB Roadster. En los tres años que llevaba trabajando como negociador lo habían enviado a más de cuarenta intentos de suicidio, pero sólo en tres ocasiones había visto a alguien quitarse la vida. Según su experiencia, la gente o quería suicidarse o quería hablar. Rara vez quería hacer las dos cosas. El suicidio era un asunto

relativamente fácil. Te subes a lo alto de un edificio o de un puente y saltas. O te tragas un montón de pastillas. O te atas una cuerda alrededor del cuello y saltas desde una silla. O coges una navaja y te das un buen tajo en las muñecas o en el cuello. Si tienes la suerte de disponer de una pistola, te metes el cañón en la boca o te lo pones al lado de la sien y aprietas el gatillo. Lo que no haces, si de verdad pretendes matarte, es decir que vas a hacerlo y esperar a que llegue un negociador de la policía. La gente que hace eso normalmente lo que quiere es que escuchen sus problemas y le aseguren que su vida merece ser vivida. Y cuando han vomitado lo que les preocupaba, se apartan de la cornisa, o sueltan la pistola o bajan la navaja y todo el mundo estalla en vítores, palmea el hombro de Nightingale y le dice: «Buen trabajo».

Cuando llegó a la dirección que le había proporcionado el agente de guardia, encontró el camino bloqueado por un coche de policía y dos agentes de la comisaría de distrito con uniforme y chalecos amarillos luminiscentes. Uno señaló el camino por el que había llegado Nightingale y le dijo que diera media vuelta, con una voz que sugería que sus motivos para ser policía tenían más que ver con ejercer el poder que con ayudar a sus conciudadanos. Nightingale bajó la ventanilla y le enseñó su placa de policía.

—Inspector Nightingale —dijo—. Soy el negociador.

—Le pido disculpas, señor —repuso el agente, repentinamente todo dulzura y amabilidad. Señaló una ambulancia aparcada al lado—. Puede dejar ahí su coche. No le quitaré el ojo de encima. —Su colega y él se apartaron para dejar pasar a Nightingale, que aparcó detrás de la ambulancia y bajó del coche, estirándose y bostezando.

Si le hubieran preguntado qué esperaba aquella fría mañana de noviembre, lo más probable es que se hubiera encogido de hombros y hubiera dicho que los suicidas solían ser o bien hombres que estaban borrachos perdidos, o bien mujeres atiborradas de antidepresivos; en el caso de que no fueran drogadictos que se habían puesto hasta las cejas de alguna droga, normalmente cocaína o anfetaminas. La droga de Jack Nightingale mientras trabajaba era la nicotina, así que encendió un Marlboro y expulsó una nube de humo al cielo despejado.

Un inspector de uniforme acudió a toda prisa con un transmisor-receptor en la mano.

—Me alegro de que seas tú, Jack —comentó.

—Y yo de que seas tú. —Conocía a Colín Duggan desde hacía diez años. Era de la vieja escuela, un cazador de ladrones bueno y fiable que, al igual que Nightingale, era fumador. Le ofreció un Marlboro y se lo encendió, aunque fumar de uniforme era una falta disciplinaria.

—Es una criatura, Jack —dijo Duggan, rascándose la papada.

—¿Un pandillero? ¿Un trapicheo con droga que ha ido mal? —Nightingale aspiró profundamente y retuvo el humo en los pulmones.

—No. Una criatura —repitió Duggan—. Una niña de nueve años.

Nightingale frunció el entrecejo y exhaló una nube de humo. Las niñas de nueve años no se suicidaban. Jugaban con su Play Station o con la Wii, o patinaban, y a veces eran secuestradas o violadas por algún pedófilo, pero nunca se suicidaban.

Duggan señaló una lujosa torre de viviendas que se elevaba junto al Támesis.

—Se llama Sophie y se ha encerrado en el balcón del piso decimotercero. Está allí sentada, hablando con su muñeca.

—¿Dónde están los padres? —preguntó Nightingale, con una fría sensación de miedo en la boca del estómago.

—El padre está trabajando y la madre de compras. La dejaron al cuidado de la niñera. —Duggan señaló con su cigarrillo a una rubia anoréxica que estaba sentada en un banco, llorando, mientras una agente de uniforme intentaba consolarla—. Es polaca. Estaba planchando cuando vio a Sophie en el balcón. Intentó abrir la puerta, pero la pequeña la había cerrado por fuera.

—¿Y qué le hace creer que Sophie quiere saltar?

—La niña habla con su muñeca y no quiere mirar a nadie. Hemos enviado a dos mujeres policía, pero no quiere hablar con ellas.

—Se suponía que tenías que esperar a que llegara yo, Colín —dijo Nightingale, tirando el cigarrillo al suelo y aplastándolo con el zapato—. Los aficionados sólo complican las cosas, ya lo sabes.

—Es una niña y está en un balcón —insistió Duggan—. No podíamos quedarnos mirando sin hacer nada.

—¿Estás seguro de que tiene intención de saltar?

—Está sentada en la barandilla, Jack. Una ráfaga de aire podría hacerla caer. Estamos buscando un colchón de aire, pero parece que nadie sabe dónde hay uno.

—¿Cuánto puedo acercarme a ella?

—Podrías hablar con ella a través de la puerta del balcón.

Nightingale negó con la cabeza.

—Tengo que verle la cara para saber cómo reacciona. Y no quiero tener que gritar.

—Hay dos posibilidades —explicó Duggan—. Por la altura no podemos utilizar una escalera, así que podemos bajarte a ti desde el tejado. También puedes hablarle desde el piso de al lado.

—¿Bajarme?

—Podríamos ponerte un arnés y los bomberos te descolgarían desde el tejado.

—¿Y hablar con ella colgado de una cuerda como si fuese una puta marioneta? Joder, Colin, soy un negociador, no un títere.

—Entonces queda el otro balcón —repuso Duggan, tirando la colilla—. Vamos allá. —Hizo una seña a un agente de uniforme y le dijo que acompañara a Nightingale hasta el piso trece—. Aunque no es el trece, es el catorce —comentó.

—¿Qué?

—Es por superstición. No me preguntes por qué. Es la decimotercera planta, pero el ascensor dice que es la catorce. Pasa del doce al catorce. No hay trece.

—Ridículo —observó Nightingale.

—Díselo al constructor, no a mí —replicó Duggan—. Además, estás hablando con la persona equivocada. No me verás pasando por debajo de una escalera ni rompiendo un espejo. Entiendo a la gente que no quiere vivir en un piso trece. —Hizo una mueca—. ¡Buena suerte!

—Sí, sí —dijo Nightingale. Hizo una seña al agente, un tipo larguirucho cuyo uniforme parecía demasiado pequeño para él—. Guíame, Macduff.

El agente frunció el entrecejo.

—No me llamo Macduff —refunfuñó.

Nightingale le dio una palmadita en la espalda.

—Vamos. Pero antes quiero hablar con la niñera.

Los dos hombres se acercaron a la sollozante mujer, a la que seguía consolando la agente. Al menos cincuenta personas se habían congregado para mirar a la niña. Había pensionistas apiñados como pingüinos en un témpano flotante, madres con niños en el cochecito de paseo, adolescentes masticando chicle y riendo por lo bajo, una chica vestida de gótica con un perrito que gruñó a Nightingale cuando pasó por su lado, obreros con el mono de trabajo y un grupo de camareras de una pizzería cercana.

—¿Por qué no están ahí arriba, ayudándola? —gritó un calvo que llevaba una caja metálica de herramientas. Señalaba a Nightingale y al joven agente—. Deberían hacer algo en lugar de perder el tiempo aquí abajo.

—Suéltale una descarga con la Taser —sugirió Nightingale.

—La Taser no forma parte de nuestro equipo, señor —dijo el agente.

—Pues entonces utiliza la porra.

—Nosotros no... —El agente hizo una mueca al comprender que Nightingale lo decía en broma.

Llegaron al lado de la niñera, que se estaba sonando la nariz con un pañuelo blanco de gran tamaño. Nightingale saludó a la mujer policía.

—Soy el negociador —anunció.

—Sí, señor —respondió la agente.

Nightingale sonrió a la niñera.

—Hola, ¿cómo te llamas? —preguntó.

—Inga —dijo la muchacha entre sollozos, secándose los ojos con el pañuelo—. ¿Es usted policía?

—Soy Jack Nightingale —respondió, enseñando la placa—. Voy a subir a hablar con Sophie.

—¿Me he metido en un lío?

—No, claro que no —dijo Nightingale—. Has hecho lo correcto, llamar a la policía.

—Sus padres me matarán —dijo la niñera.

—Seguro que no —la tranquilizó él.

—Me enviarán de vuelta a Polonia.

—No pueden hacer eso. Polonia está en la Unión Europea. Tienes todo el derecho del mundo a estar aquí.

—Me enviarán a prisión, sé que lo harán.

A Nightingale se le endureció el corazón. La niñera parecía más preocupada por su futuro que por lo que estuviera ocurriendo trece pisos más arriba.

—Cálmate —le aconsejó—. Dime, Inga, ¿por qué Sophie no está en la escuela?

—Dijo que le dolía el estómago. No se encontraba bien. Su madre dijo que podía quedarse en casa.

—¿Su madre está de compras?

La niñera asintió con la cabeza.

—La he llamado por teléfono y está en camino. Su padre tiene el teléfono apagado y le he dejado un mensaje en el buzón de voz.

—¿Dónde trabaja?

—En Canary Wharf. —Sin dejar de sollozar, sacó una cartera del bolsillo trasero del pantalón y cogió una tarjeta comercial que tendió al negociador—. Es éste.

Nightingale la leyó. Simon Underwood era vicepresidente de un gran banco estadounidense.

—Inga, ¿alguna vez ha hecho Sophie algo parecido?

La niñera negó vehementemente con la cabeza.

—Nunca. Es una niña tranquila. Es más buena que el pan.

—Cuéntame lo que pasó. ¿Cómo ha llegado hasta el balcón?

—No lo sé —dijo la niñera—. Yo estaba planchando y ella estaba viendo una película de Hannah Montana en el DVD, pero cuando levanté la cabeza estaba en el balcón y había cerrado la puerta con llave.

—¿Se puede cerrar desde fuera?

—Sólo hay una llave y la tenía ella. Le grité que abriera la puerta, pero fue como si no me oyera. Golpeé el cristal, aunque ni siquiera me miró. Entonces fue cuando llamé a la policía.

—¿Estaba triste esta mañana? ¿Enfadada? ¿Preocupada por algo o por alguien?

—Estaba tranquila —explicó la niñera—, pero siempre está tranquila.

—¿No discutiste con ella por algún motivo?

Los ojos de la niñera relampaguearon.

—Va a echarme a mí la culpa, ¿verdad? ¿Me enviará a la cárcel? —gimió.

—Nadie te echa la culpa a ti, Inga.

La niñera enterró la cara en el pañuelo y siguió sollozando.

—Andando —ordenó Nightingale al agente.

—¿Qué va a hacer? —preguntó el joven policía mientras se abrían paso entre los mirones.

—Hablar con ella. Ver si puedo descubrir qué es lo que le preocupa, qué es lo que quiere.

—¿Cree que quiere algo?

—Siempre quieren algo. Si no lo consiguen, son capaces de seguir adelante y saltar. La clave es descubrir qué es lo que quieren.

—¡Gilipollas! —gritó el calvo de la caja de herramientas.

Nightingale se detuvo y lo miró fijamente.

—¿Cuál es su problema?

—Mi problema es que hay una niña ahí arriba y vosotros, so capullos, no estáis haciendo nada por ella.

—¿Y qué hace usted? ¿Mirar como un tonto a ver si se tira por el balcón? ¿Es eso lo que quiere? Quiere verla saltar al vacío, ¿no? ¿Quiere oír cómo se le rompen los huesos y se le aplasta el cráneo y luego ver su sangre salpicando el cemento? Porque ésa es la única razón que tiene usted para estar aquí. Maldita sea, no va a ayudar gritando insultos y haciendo el imbécil. Yo estoy aquí para ayudar, mientras que usted está para ver si se mata una niña, así que yo diría que el único gilipollas que hay aquí es usted. Y ahora voy a subir para ver si puedo ayudarla, y si sigue aquí cuando baje, le meteré las herramientas por el culo, tan dentro que estará tosiendo llaves inglesas durante meses. ¿Está claro, *gilipollas*?

La cara del calvo se puso roja. Nightingale lo miró con desprecio y se dirigió hacia la entrada. El agente corrió tras él.

El vestíbulo estaba lujosamente amueblado con mullidos sofás y una gran mesa de centro llena de revistas satinadas. Un portero de uniforme verde hablaba con dos agentes.

—¿Dónde está la escalera? —preguntó Nightingale.

El portero señaló la puerta de los tres ascensores.

—Los ascensores están ahí, señor —informó.

—Necesito la escalera —aclaró el negociador.

—Son trece pisos, señor —dijo el agente.

—Sé que son trece pisos, Macduff —manifestó Nightingale. Y volviendo la barbilla hacia el portero—: ¿La escalera?

El portero señaló a la izquierda.

—A la vuelta de esa esquina, señor —dijo.

Nightingale corrió hacia allí, seguido por el policía. Empujó las puertas y empezó a subir los peldaños de dos en dos. El número de cada planta estaba pintado en verde sobre la pared blanca y, cuando llegaron a la planta décima, ambos hombres jadeaban como perros.

—¿Por qué no podemos usar el ascensor, señor? —farfulló el agente—. ¿Es el procedimiento que debemos seguir con los suicidas que van a saltar?

—No, es que detesto los ascensores —explicó Nightingale.

—¿Claustrofobia?

—No tiene nada que ver con los espacios cerrados —dijo—. Es que no me gusta estar colgando en el vacío.

—Entonces ¿es miedo a las alturas?

—Es miedo a los ascensores —repuso—. No tengo problemas con las alturas, como descubrirás muy pronto.

Llegaron a la planta doce. El policía se había quitado el casco y desabotonado la guerrera. Nightingale llevaba el abrigo sobre un hombro.

Llegaron a la planta número trece, aunque el número grabado en la pared era el 14. Nightingale empujó la puerta y entró en el pasillo.

—¿Cuál es su piso? —preguntó.

—El catorce C —respondió el policía—. Podemos entrar en el catorce D, donde viven el señor y la señora Wilson, que han accedido a dejarnos pasar.

—Vale, cuando entremos, mantén a los Wilson apartados del balcón. La chica no debe verlos y, desde luego, a ti mucho menos. No es nada personal, pero el uniforme podría asustarla.

—Entendido —dijo el policía.

—Lo harás bien, Macduff —lo tranquilizó Nightingale. Llamó a la puerta del catorce D con los nudillos. Abrió un hombre de poco más de sesenta años, con el pelo canoso y ligeramente encorvado. Le enseñó la placa de policía—. Señor Wilson, soy Jack Nightingale. Tengo entendido que está encantado de que pueda utilizar su balcón.

—Yo no diría encantado precisamente, pero queremos que esa niña vuelva a entrar en su casa.

Abrió la puerta de par en par y Nightingale entró con el otro policía. La esposa estaba sentada en un sofá estampado de flores, con las manos en el regazo. También tenía el pelo canoso y, cuando se levantó para saludarlo, el negociador vio que también tenía la espalda ligeramente encorvada.

—Por favor, no se levante, señora Wilson —dijo.

—¿Qué va a pasar? —preguntó la mujer, llena de ansiedad. Al igual que su marido, se expresaba en un inglés perfecto, con un acento que habría servido para un locutor de Radio 4. Eran buenas gentes de clase media, de las que raramente se cruzaban en el camino de la policía. Nightingale notó su inquietud al ver en su casa a dos funcionarios de las fuerzas de seguridad.

—Voy a hablar con ella, señora Wilson, eso es todo.

—¿Quieren una taza de té? —preguntó.

Nightingale sonrió. Como miembro de CO19 era tratado muy a menudo con desprecio, si no con abierta hostilidad, y los Wilson eran una ráfaga de aire fresco.

—Sería muy amable si pusiera a hervir el agua, señora —sugirió Nightingale—. Y bien, ¿conocen a Sophie?

—La saludamos, pero es una criatura muy tímida, incapaz de matar una mosca.

—¿Es una niña feliz?

—No lo creo —contestó la mujer.

—A veces llora —informó su marido—. Por la noche.

—¿De qué modo llora? —preguntó Nightingale—. ¿A gritos?

—Sollozos —replicó el señor Wilson—. Su dormitorio está al lado de nuestro cuarto de baño y a veces la oigo cuando me estoy preparando para ir a dormir.

—Ambos la oímos —añadió la señora Wilson. Su marido se acercó a ella y la rodeó con el brazo.

Durante un breve momento, Nightingale recordó a sus progenitores. Su padre había sido igual de protector con su madre. Nunca temió coger su mano en público ni demostrarle su afecto de alguna otra manera. En su último recuerdo de ellos, estaban de pie ante la puerta de su casa de Manchester, su padre con el brazo sobre los hombros de su madre, mientras se despedían de él, que iba a empezar su segundo año en la universidad. Su madre había mirado a su

padre con la misma adoración que veía ahora en los ojos de la señora Wilson.

—¿Tienen idea de por qué se siente tan desdichada? —preguntó Nightingale—. ¿La han visto con sus padres?

—Pocas veces —dijo el señor Wilson—. Viven ahí desde... ¿cuánto?, ¿cinco años? —preguntó a su esposa.

—Seis —respondió ella.

—Seis años y podría contar con los dedos de una mano las veces que he visto a Sophie con su padre o su madre. Siempre está con niñeras, una distinta cada seis meses, más o menos. —Miró a su mujer y asintió con la cabeza de un modo casi imperceptible—. No debería hablar sin saber, pero no parecen unos padres muy atentos.

—Entiendo —dijo Nightingale. Sacó del bolsillo de su abrigo el paquete de tabaco y el encendedor. Le dio el abrigo al agente—. Pueden sentarse mientras salgo a hablar con ella —sugirió a los Wilson.

El hombre ayudó a su esposa a sentarse en el sofá mientras Nightingale se dirigía a la puerta de cristal que daba al balcón. En realidad era una terraza, con baldosas de terracota y espacio para una mesita blanca y redonda, cuatro sillas y varias macetas con flores, protegida por un murete que llegaba a la cintura.

La puerta se deslizó hacia un lado y Nightingale pudo oír el ruido del tráfico a lo lejos y el crepitar de las radios de la policía. Salió lentamente y miró a la derecha.

La niña estaba sentada en el antepecho del balcón de al lado, de espaldas a la puerta. Sujetaba una muñeca Barbie a la que parecía estar susurrando algo. Llevaba una sudadera blanca, falda de algodón azul y zapatillas plateadas con estrellas azules. Tenía la piel blanca como la porcelana y el cabello rubio, que le llegaba a los hombros, recogido tras las orejas.

Había una separación de poco menos de dos metros entre la terraza en la que estaba él y la terraza donde estaba la niña. Nightingale supuso que podría saltar de una a otra, pero sólo como último recurso. Se dirigió lentamente al extremo de la terraza y se detuvo al lado de un macetón de cemento en el que había una pequeña conífera. A lo lejos distinguió el río Támesis y, más allá, la gigantesca noria-mirador que llamaban London Eye, el Ojo de Londres. La

niña no dio señales de haberlo visto, aunque tenía que haber oído la puerta al abrirse.

—Hola —la saludó Nightingale.

Sophie lo miró sin decir nada. El policía se quedó mirando el río mientras se ponía un cigarrillo entre los labios y encendía el mechero.

—Los cigarrillos son malos —comentó Sophie.

—Lo sé —respondió él, encendiéndolo y dando una profunda chupada.

—Pueden provocarle cáncer —dijo Sophie.

Nightingale echó la cabeza hacia atrás, ahuecó los labios y exhaló dos círculos de humo perfectos.

—Eso también lo sé —replicó.

—¿Cómo lo hace? —preguntó ella.

—¿El qué?

—Los anillos.

Nightingale se encogió de hombros.

—Sólo hay que expulsar aire y sacar un poco la lengua —explicó. Sonrió con amabilidad y alargó la mano—. ¿Quieres intentarlo?

La niña negó solemnemente con la cabeza.

—Soy una niña y los niños no saben fumar, y aunque supiera, no lo haría porque produce cáncer.

Nightingale dio otra chupada al cigarrillo.

—Hace un día precioso, ¿no te parece? —comentó, mirando de nuevo al río.

—¿Quién eres? —preguntó cambiando de tono de voz Sophie.

—Me llamo Jack.

—¿Cómo el de *Jack y las habichuelas mágicas*?

—Sí, pero hoy no llevo las habichuelas mágicas encima. Tuve que utilizar la escalera.

—¿Y por qué no subiste en ascensor?

—No me gustan los ascensores.

Sophie se acercó la muñeca al oído y frunció el entrecejo para escuchar atentamente. Luego asintió con la cabeza.

—A Jessica tampoco le gustan los ascensores.

—Bonito nombre, Jessica.

—Jessica Adorable, ése es su nombre completo. ¿Cuál es tu nombre completo?

—Nightingale. Jack Nightingale.*

—¿Como el pájaro?

—Eso es. Como el pájaro.

—A mí me gustaría ser un pájaro. —Meció a la muñeca mientras observaba el otro lado del río con mirada perdida—. Ojalá pudiera volar.

Nightingale exhaló otros dos anillos de humo. Esta vez flotaron juntos menos de un segundo, hasta que el viento los separó.

—Pues ser un pájaro no es muy divertido. No pueden ver la tele ni jugar con los videojuegos, ni con muñecas, y tienen que comer en el suelo.

Abajo empezó a sonar una sirena y Sophie se estremeció como si la hubieran golpeado.

—No pasa nada —dijo Nightingale—. Es un coche de bomberos.

—Creí que era la policía.

—La sirena de la policía suena de otra forma. —Hizo un ruido con la boca, uuuh, uuuh, y Sophie se rió. Se apoyó en la pared de la terraza. Había puesto el teléfono en modo vibrador y lo sintió agitarse dentro de su bolsillo. Lo sacó y miró la pantalla. Era Robbie Hoyle, uno de sus compañeros negociadores. Lo conocía desde hacía más de diez años. Era un inspector del Grupo Territorial de Apoyo, el grupo policial que intervenía con escudos, porras y Tasers si era necesario. Hoyle era un hombre corpulento, de más de uno ochenta de estatura y con la complexión de un jugador de rugby, pero tenía una voz suave y era uno de los negociadores más capaces de la policía.

—Lo siento, Sophie, tengo que responder —dijo, apretando el botón verde—. Hola, Robbie.

—Acabo de llegar, ¿quieres que suba?

—No creo que sea una buena idea —respondió Nightingale.

Siempre que era posible, los negociadores preferían trabajar en equipos de tres, uno hablando, otro escuchando y el tercero recogiendo información, pero pensó que tantos hombres en la terraza asustarían a la niña.

—¿Cómo va? —preguntó Hoyle.

* «Ruisenior» en inglés. (*N. del T.*)

—Todo tranquilo —repuso Nightingale—. Ya te llamaré, ¿vale? Trata de librarte de los mirones, pero con suavidad. —Pulsó el botón de fin de llamada y guardó el teléfono.

—Eres policía, ¿verdad? —dijo Sophie.

Nightingale sonrió.

—¿Cómo lo sabes?

La pequeña señaló a Colin Duggan, que los miraba desde abajo, protegiéndose del sol con una mano sobre los ojos. A su lado estaba Robbie Hoyle.

—Aquel policía habló contigo cuando bajaste del coche.

—Me has visto llegar, ¿eh?

—Me gustan los coches deportivos. Es un MGB.

—Exacto —dijo Nightingale—, es bastante antiguo. ¿Cuántos años tienes tú?

—Nueve —respondió la niña.

—Bueno, mi coche tiene veintiséis años. ¿Qué te parece?

—Es viejo —repuso Sophie—. Muy viejo.

—Hay otra cosa que no pueden hacer los pájaros —añadió Nightingale—. ¿Cuándo fue la última vez que viste a un pájaro conduciendo un coche? No pueden empuñar un volante. No tienen manos.

Sophie se acercó la muñeca al oído como si la muñeca le estuviera hablando, luego la apartó y miró a Nightingale.

—¿Me he metido en un lío? —preguntó.

—No, Sophie. Sólo queremos asegurarnos de que estás bien.

La niña se estremeció como si le corriera agua fría por la espalda.

—¿Cómo se llama la chica que te cuida? —preguntó Nightingale.

—Inga. Es de Polonia.

—Está preocupada por ti.

—Es tonta.

—¿Por qué dices eso?

—Ni siquiera sabe utilizar el microondas.

—¿Sabes?, a mí me cuesta poner en marcha el vídeo que tengo en casa —replicó Nightingale.

—Videoplus —dijo Sophie.

—¿Qué?

—Videoplus. Sólo tienes que poner el número que viene en el periódico. La máquina lo hace por ti. Todo el mundo lo sabe.

—Pues yo no lo sabía. —Sopló una ráfaga de aire procedente del río y Sophie se puso una mano sobre la falda para evitar que se levantara. Nightingale le vio un cardenal en la rodilla—. ¿Qué te has hecho en la pierna? —preguntó.

—Nada —respondió la niña rápidamente.

Demasiado rápidamente, advirtió el negociador. Dio otra chupada al cigarrillo y evitó mirar a la pequeña.

—¿Por qué no has ido hoy a la escuela?

—Mami dijo que no tenía que ir.

—¿Estás malita?

—En realidad no. —Se mordió el labio y acunó a la muñeca—. Me he metido en un lío, ¿verdad?

—No, no te has metido en nada —contestó él. Se hizo el signo de la cruz sobre el pecho—. Te juro que no.

Sophie sonrió forzosamente.

—¿Tienes hijos?

Nightingale tiró al suelo la colilla del cigarrillo y la pisó con el tacón.

—No estoy casado.

—No hace falta estar casado para tener hijos. —Las lágrimas le bajaban por las mejillas.

—¿Qué te pasa, Sophie?

—Nada —respondió la niña, sorbiéndose la nariz y limpiándose los ojos con la muñeca.

—Sophie, vamos dentro. Aquí fuera hace frío.

Volvió a sorberse la nariz, pero no lo miró. Nightingale se disponía a subir al murete, pero su pie resbaló en el cemento y la niña dio un respingo.

—No te acerques —dijo.

—Sólo quiero sentarme como tú —repuso él—. Estoy cansado de estar de pie.

La pequeña lo miró.

—Ibas a saltar —dijo—. Ibas a cogerme.

—Qué va, te juro que no —mintió. Se sentó, balanceando las pier-

nas como si no tuviera ninguna preocupación en este mundo, aunque su corazón latía con fuerza—. Sophie, si algo va mal, quizá pueda ayudarte.

—Nadie puede ayudarme.

—Podría intentarlo.

—Él dijo que no se lo contara a nadie.

—¿Por qué? ¿Por qué no lo puedes contar a nadie?

—Dijo que me llevaría lejos. Que me ingresarían en una clínica.

—¿Tu padre?

Sophie apretó la muñeca contra su cara.

—Dijo que me echarían a mí la culpa. Dijo que me llevarían lejos y que me encerrarían en una clínica y que todo el mundo diría que era culpa mía.

El viento volvió a levantarle la falda. El cardenal no tendría menos de quince centímetros de longitud.

—¿Eso te lo hizo él? —preguntó Nightingale.

Sophie se estiró la falda y asintió con la cabeza.

—Vamos dentro... Hablaremos con tu madre.

La niña cerró los ojos.

—Ella lo sabe ya.

A Nightingale se le revolvió el estómago. Tenía las manos abiertas sobre el borde del murete, asiendo el cemento con los dedos, pero se sintió como si alguien lo estuviera empujando por los riñones.

—Puedo ayudarte, Sophie. Vamos dentro y hablaremos de todo eso. De verdad que puedo ayudarte. Te lo juro por Dios.

—No puedes ayudarme —dijo la pequeña con voz inexpresiva—. Nadie puede. —Levantó la muñeca, le dio un beso en la cabeza, y cayó del antepecho sin proferir el menor sonido.

Horrorizado, Nightingale se lanzó hacia delante, alargando la mano derecha, aunque sabía que no podía hacer nada.

—¡Sophie! —gritó. El cabello rubio se agitaba en el aire mientras la niña caía, sin dejar de sujetar la muñeca—. ¡Sophie! —Cerró los ojos en el último momento, pero no pudo dejar de oír el impacto que produjo el cuerpo infantil al llegar al suelo, un impacto sordo, un golpe húmedo, como si hubieran golpeado una pared con una manta mojada.

Nightingale bajó del murete. Encendió un cigarrillo con manos

temblorosas y lo fumó en cuclillas, con la espalda contra el cemento, con las piernas encogidas sobre el estómago.

El agente uniformado que lo había acompañado por la escalera apareció en la puerta del balcón.

—¿Se encuentra bien, señor?

El negociador no le hizo caso.

—¿Se encuentra bien, señor? —La radio del agente crepitó y una voz femenina le pidió que informara de la situación.

Nightingale se puso en pie y lo apartó de su camino de un empujón.

—¡Señor, su abrigo! —gritó el agente tras él.

El anciano matrimonio estaba en medio de la sala, abrazándose. Los dos miraron a Nightingale, esperando noticias, pero él no dijo nada al pasar a toda prisa por su lado. Bajó los peldaños de tres en tres, rozando la barandilla con los dedos, mientras los pasos resonaban entre las paredes de cemento.

En el vestíbulo del edificio había dos paramédicos y media docena de agentes uniformados, todos hablando por radio. Duggan estaba allí y abrió la boca para decir algo, pero Nightingale lo acalló con un gesto de la mano y pasó de largo.

Dos mujeres paramédicas estaban agachadas junto al cuerpecito de la niña. La más joven lloraba. Cuatro bomberos con hinchados chaquetones luminiscentes estaban detrás de las dos mujeres. Uno se secaba las lágrimas con el dorso de la mano enguantada. Nightingale sabía que nadie podía hacer nada. Nadie sobrevive a una caída de trece pisos. Al volverse, vio brillar la sangre alrededor del cuerpo.

Hoyle estaba al lado de un agente, hablando por el móvil con el entrecejo fruncido. Dejó de hablar cuando Nightingale se acercó.

—El comisario Chalmers quiere que vayas a su despacho, Jack —dijo—. Enseguida.

Nightingale no dijo nada. Pasó al lado de Hoyle y se dirigió hacia su MGB.

—Enseguida, Jack. Quiere verte ahora mismo.

—Estoy ocupado —replicó Nightingale.

—También quiere que vayas a ver al psicólogo —añadió Hoyle, corriendo tras él. Era el procedimiento habitual después de una muerte.

—No necesito ver al loquero —respondió.

Hoyle le puso una mano sobre el hombro.

—No ha sido culpa tuya, Jack. Es normal sentirse culpable, sentir que has fracasado.

Nightingale lo fulminó con la mirada.

—No te hagas el comprensivo y no me compadezcas. No lo necesito, Robbie.

—¿Y qué le digo a Chalmers?

—Cuéntale lo que quieras —le espetó, soltándose de él. Subió a su MGB y se marchó.